

VÍCTOR M. ELIZONDO

BAJO EL MANTO DE THERRA

C.R.
863.6
E43b
C.E.

B. N.

omiel
VICTOR ML. ELIZONDO M.



Bajo el Manto de Themis

CUENTOS

SAN JOSE, COSTA RICA

1945

El Mejor Hombre del Mundo

En el alto del camino, Antonio Reyes detuvo su marcha apresurada. Al influjo de tanta alegría y de tanta esperanza como había en su corazón, se habían sucedido en su mente un constante desfilar de ilusiones, que no le daban tiempo para preparar la frase en que iría envuelta la sorpresa que pensaba darle a su Moncha, la buena esposa, que allá en la casita que divisaba en la hondonada junto al río, estaría a esta hora preparándole la comida: se lo decía el humillo azulado que se elevaba de su tejado en tenues espirales.

Inmóvil quedó por unos momentos. El ala levantada de su sombrero de palma, dejaba ver su rostro de campesino guapo, apenas iniciado en la madurez de la vida; bajo la frente amplia orlada de rizos, unos ojos grandes, claros, expresivos; la nariz aguileña parecía descansar sobre un bigotillo castaño, bien cuidado; las mangas arremangadas de la camisa de dril entrebier-ta, dejaban ver la pelambre de sus nervudos brazos y de su ancho pecho, signos reveladores de un fuerte tipo de macho.

Extendió su mirada por la extensa campiña, que desde el alto del camino dominaba, y sonrió al divisar las parcelas sembradas, donde las hojas de los maiza-

les parecían lanzas agitadas por la brisa; como una glauca caricia sintió en su alma, la enorme extensión de los potreros, en que resaltaban las siluetas de las vaquillas lozanas, de los bueyes melancólicos y de terneros fogosos. Aquella tierra no era suya, pero él la había trabajado para otros, y la amaba como si fuera propia, porque aquellos sembrados, aquellas prometedoras cosechas, eran obra de sus manos. Como aquella parcelita dorada por el sol, pero con una coqueta casita rodeada de jardines, sería la finquita que ambicionaba para su Moncha.

Con los ojos fulgurantes de esperanza, columbró de nuevo su casa, sita allá en la hondonada junto al zigzagueante río, y la frase que estudiaba para su esposa le bajó como una inspiración; le diría de un golpe:—Moncha, tus sueños se van a colmar; tendrás tu casita con una manzana de solar pa que sembrés lo que se te antoje y cries las gallinas que quieras.

Moncha, como de costumbre, no le pedirá explicaciones; lo bendecirá como lo hace siempre:

—Toño, Dios te ha de conceder todo lo que quieras, y te ha de bendecir porque fuiste un buen hijo, y sos un buen padre y un buen esposo.

Y mientras ella alegremente le prepara la comida, le contará los detalles. Le dirá que don Ciriaco, su patrón, le ha dicho hoy, al salir del trabajo:

—Mirá Toño: vos me has trabajado desde que tenés trece años y siempre has sido honrao y leal conmigo; es justo que yo te recompense; elegí en mis fincas un lote de cinco manzanas pa que cosechéis arroz por tu cuenta durante dos años; para empezar te prestaré una platilla sin intereses que me devolverás dentro de un año; merecés ese premio porque has sido el mejor peón de mi hacienda.

De camino ha hecho sus cálculos: con economía y trabajando bien, como él sabe trabajar, le pueden quedar unos mil colones libres, lo cual ya es bastante para

comprar la casita con el pedacillo de tierra con que tanto sueña Moncha.

Y ahora, a llegar lo más pronto a su casa a descargar en ella el contenido de su alegría; y echándose la pala al hombro, emprendió carrera pendiente abajo.

*
* *

El gimotear de los cinco chiquillos de su comadre Casimira le hicieron detenerse en la pendiente a mitad de su carrera. ¿Por qué llorarán los “chacalines” de la comadre?, se pensó.

—Huy... ¡comadre Casimira!

A la puerta del rancho se asomó una mujer harapososa, el rostro pálido como la cera y los ojos llorosos.

—¿Qué le pasa a los “chacalines” que lloran tanto?

—Compadre, hace dos días que no comen. Y la mujer tomando la punta de su delantal escondió el rostro para mejor llorar su pena.

—¡Dos días que no comen, comadre! Ahorita les mando un poquito de caldo para que les dé; ¡pobrecitos!

Toño Reyes continuó su camino. Todos sus sueños se esfumaron. Paso a paso, con la cabeza baja, avanzaba reflexionando sobre la desgracia que había caído en el pobre hogar de la comadre Casimira. Quién hubiera creído en vida del compadre Ramón, reputado como el mejor “orillero”, de todos aquellos contornos, con los buenos salarios que ganaba, con lo tanto que quería a sus “chacalines”, a quienes traía siempre como ajitos de limpios, que un día su familia sufriera hambre y desnudez! La pala que antes llevaba al hombro como un lábaro de triunfo que lo conducía a la conquista de sus sueños, la lleva ahora baja, como una bandera arriada y humillada por la derrota. Un estremecimiento sacudió todo su cuerpo. El también podría morir, y a su querida Moncha, y a su Toñito, a su Elvirita, y al

cumiche Miguelito, que con sus dos años encantaba su vida, podría ocurrirles lo mismo que a la comadre Casimira.

Llegó a su casa; los niños lo esperaban a la puerta.

—¡Mama, ya viene Tata!, y todos corrieron a recibirlo. Toñito y Elvirita se abrazaron a sus piernas. Miguelito, el pequeñín, con su camisa anudada a la espalda, nalgas y piernillas al viento, con los brazos extendidos avanzó hacia su padre, con vacilantes pasos, reclamando la preferencia de sus cariños. Toño Reyes levantó a su cumichito, y besándolo penetró en su casa. Moncha, con esa intuición propia de toda mujer, notó que algo malo pasaba a su marido, y con los ojos muy abiertos se quedó mirándolo.

—Toño, ¿has tenido alguna molestia?

—No, Moncha, es que estoy afligido por la situación de la comadre Casimira; hace dos días que no comen los “chacalines”. ¿Sobra algo pa mandarles?

—No queda más que tu comida, Toño.

—Pos mandásela con Toñillo; yo me tomé unos frescos en la taquilla y estoy “empanzao” y sin gota de hambre.

*
* *

La noche, como una ave negra se anidó en la hondonada, desapareciendo entre el plumaje de su sombra la verde campiña.

Antonio Reyes no podía dormir. Se revolvía sobre la dura estera de su cama, con una ansia de espacio, con ansia de más aire para sus pulmones. Oía como el ronco rodar del río taladraba el silencio penetrando la lejanía. Le parecía que los grillos, las ranas y los cuyeos, amurallaban su casa en una batahola descompasada y ensordecedora de violines, tambores y trompetas.

Moncha, también despierta a su lado, le tocó con el dorso de su mano la frente sudorosa.

—Toño, ¿no tendrás calentura? Seguro venías sudao y te resfriaste al pasar por el alto.

—No Moncha, es que no me deja dormir la situación de la comadre Casimira. ¡Imagínate que yo me muriera!

—No seas tonto, lo que tenés son ñervos. ¿Querés que me levante a hacete un bebedizo de naranjo agrio?

—No, voy a levantame. Voy a despertar al patrón, pa ver si me adelanta unos riales pa compraes aunque sea dulce a los “chacalines” de la comadre.

—Pero mirá, Toño, ponete en la realidá. Nosotros no podemos seguir manteniéndolos porque apenas nos alcanza pa medio comer.

—Sí, pero son mis ahijaos, y mientras se puedan remendar de otro modo, tengo que ayudarlos. Y de un salto se lanzó fuera de la cama.

—No te asustés, ahorita güelvo.

*
* * *

En el frondoso aguacate del patio, aleteó tres veces el gallo y sacudió el letargo de la madrugada con el clarinazo de su canto. Moncha, que había logrado conciliar el sueño por breves minutos, se despertó sobresaltada.

—¡Hijo de Dios!, Toño no ha llegao toavía y deben ser ya las cuatro. Se levantó rápidamente y abrió la puerta.

En el oriente, el alba rompía con sus dedos rosados las cortinas de sombra.

—¡Dios mío, qué le habrá pasao! Otros gallos cantaron en la lejanía, y en la copa del naranjo el “yigüirro” comenzó a entonar su saludo al amanecer.

Moncha recogió unas astillas y fué a encender el fuego. ¡Dios mío, qué le habrá pasao a Toño!

Salió el sol y la campiña despertó a la luz del día; en mitad de la pendiente, orillado al camino, vió Mon-

cha el rancho de la comadre Casimira, cuyo techo pajizo traspasaba un humillo azulado que se elevaba horadando la mañana.

—Tal vez la comadre Casimira sepa algo de Toño... voy a ver; y casi corriendo subió la pendiente. Al acercarse al rancho oyó risas de los “chacalines”. ¡Qué extraño!, y Toño decía que lloraban de hambre; se acercó:

—¡Huy, comadre Casimira!

Los chiquillos asustados se asomaron apretando entre sus manos sendos jarros de “agua dulce”.

—Buenos días, comadre Moncha.

—¿No me ha visto pasar a Toño?

—No me diga, comadre, que el bueno de Toño ha llegao como a las tres de la madrugada con ese dulce y ese saco de arroz pa los “chacalines”. Dios le ha de dar un trono en el cielo!, y no pudo terminar porque los sollozos le entorpecieron la lengua.

Moncha, pálida, con los ojos muy abiertos, lo comprendió todo.

—Adiós, comadre, y con un deseo de gritar para desahogar su corazón, echó a correr pendiente abajo.

*
* *

Los detectives llegaron como a las diez de la mañana.

—Señora, ¿es ésta la casa de Antonio Reyes?

—Sí señor, pero él no está. Desde ayer se fué pal Escobal a sembrar unos frijoles.

Los detectives se miraron y cambiaron una sonrisa.

—Ud. nos va a permitir, señora, que practiquemos un registro en su casa.

—¿Un registro? Eso sí que no; yo no deajo entrar en mi casa a naide cuando no está mi esposo. ¿Quiénes son Uds.?

Los chicos vinieron a asirse a las faldas de su

madre y con los ojos muy abiertos miraban asustados a aquellos hombres extraños. Toñito, el mayor, pre-
viendo algún peligro para su padre temblaba como un
venadillo tímido.

—Mama, ¿qué le van a hacer a Tata?

—Señora, somos detectives; buscamos a su marido
y a unos sacos de arroz que sustrajo anoche del bene-
ficio de los Alvarados.

—Mi esposo no ha sido; siempre ha sido muy hon-
rao y el hombre más güeno que yo conozco... entren
Uds., si quieren, y verán que no hay nada en mi casa.

Los detectives entraron; todo lo esculcaron, todo
lo revolvieron. Moncha desde la puerta los miraba con-
teniendo los sollozos que pugnaban por reventarle el
pecho.

—Tiene razón, señora, en su casa no hay nada;
Ud. va a perdonar; pero le aconsejo que le diga a su
marido que se presente a la autoridad; a él le conviene
no huir.

Y montando en los caballos que habían dejado ama-
rrados en la tranquera, se marcharon por el camino
polvoroso.

El sol caía pesadamente en la hondonada; en los
bosquecillos del río las chicharras con su chirrido mo-
nocorde aserraban la pereza del mediodía. De vez en
cuando golpes de brisa traían hasta la casa de Moncha
las risas de los “chacalines” de la comadre Casimira,
que con sus panzitas bien atipadas de arroz y “agua
dulce”, jugaban felices frente al patio frentero de su
rancho.

*

* *

Y así comenzó la azarosa vida de bandolero de An-
tonio Reyes. La fama de sus hazañas se extendió por
toda la región sur de la provincia de Alajuela. Bandi-
do singular que robaba al rico para distribuir el fruto
de su pillaje entre los desamparados y menesterosos
de su pueblo, ganó el odio de los potentados, pero tam-

bién las oraciones y bendiciones de los humildes. Su valentía y su audacia formaron una aureola de leyenda alrededor de su persona. Al Juzgado del Crimen llegaron semana a semana las denuncias de sus robos, y después de sus homicidios, y la policía se consideró impotente para capturarlo.

*
* * *

Los campesinos del pueblo de la Guaira gustan más de reunirse a charlar en la pulpería del Bajo de Malaquías Barboza; no hay en ésta "victrola", como en la taquilla del Alto, de Lisanías Brenes, ni está tan bien surtida como aquélla, pero Malaquías es muy noble, como dicen los campesinos, y su buen trato atrae la clientela que Lisanías Brenes espanta de su negocio con su genio de todos los diablos.

Hoy el grupo de conversadores es más numeroso que otros días porque hay un motivo sensacional para la charla; la última fechoría de Antonio Reyes. La luz macilenta de la lámpara de canfín colgante del techo, ilumina la estancia, que huele a tabaco y a sudor de labriegos.

—“Carasta”! lo que promete Toño lo cumple; anoche se “pasó” en Josecillo Prendas.

Y Chico Arburola, al iniciar así la conversación que todos deseaban alrededor de las hazañas de Toño Reyes, lanzó por el colmillo su acostumbrada gran salivota teñida de la nicotina de su chircagre.

—Dicen que se lo apió redonditico, exclamó el Cholo Sequeira desde un ángulo de la sala donde se encontraba sentado en cuclillas, arrimado a la pared.

Sí, un solo balazo en la frente.

—¡Puntería de bárbaro!

—Hombré, no es que le deseo mal a ninguno, ni cristiano como me hicieron mis tatas, me gusta congratarme con la muerte de naide, pero Toño en parte tuvo razón para el vengo que tomó con Josecillo, dijo

Juan Segura, que sentado en un cajón, miraba con sus ojos achinados y se atusaba los largos bigotes lacios caídos sobre la barba.

Bajo los aludos sombreros de palma, los ojos de todos los campesinos se volvieron hacia Juan Segura.

—¿Por qué crees que tuvo razón en matalo, Juan?

—Claro: Ustedes saben que Josecillo Prendas era amigo íntimo de Toño, y de los pocos que conocían el escondite que tenía en la Guaira. Saben también que la polecía ha ofrecido quinientos colones al que les entregue a Toño. Es voz pública que Josecillo le echó la polecía a Toño, la noche que casi lo agarran en la milpa de Jesús Quirós, y que sólo de milagro pudo salvase enfermo de la niumonía como estaba. Juró matalo entonces y ha cumplido su palabra.

—Hombré, Juan, ¿y por qué asegurás vos eso?

—Porque el mismo Toño me lo contó, y hasta me enseñó una lista como de seis de este barrio a quien se las había jurado porque intentaron ganarse esa platilla que ha ofreció la polecía; de esa lista ya tiene con Josecillo Prendas tachaos a cinco que están volando espaldas, y le falta el sexto, que lo mejor que puede hacer es arrollar los petates y marcharse bien lejos si es que le tiene amor al pellejo.

Los ojos achinados de Juan Segura, se clavaron maliciosamente en Lico Arriola, que sentado sobre un saco de papas no pudo evitar un sobresalto.

—¿Y vos sos amigo de Toño?, interrogó el pulpero, Malaquías Barboza, quien fumando su puro y los brazos cruzados oía la conversación recostado sobre el estante.

—Claro que sí, y no me da miedo ni pena dicilo; y si a la cárcel me mandan por ello, allá voy con gusto. Hombre, si no es por Toño me hubiera muerto de hambre con mi mujer y mis hijos, la vez que me jodí la pata con el hachazo que me pegué en la hacienda de los Quiroses. Me mantuvo como mes y medio y me pagó todas las medecinas; esa caridá me tiene muy agrade-

cío; por eso es que yo por Toño doy hasta la vida si fuera necesario.

—Pos yo también soy su amigo, repuso el pulpero Malaquías. Sea lo que sea Toño y digan lo que digan de él, pa mí es un hombre de buen corazón. Hombré, y en los tratos es un hombre muy honrao; un trato fué lo que nos hizo amigos... oigan cómo fué: una noche, serían como las once, oí que tocaban con fuertes golpes la puerta. “¡Carachas!”, el susto que me llevé, pos tenía unas botellillas de guaro de contrabando que me había hecho comprale Sebastián Núñez escondidas debajo del mostrador, y creí que era el Resguardo. Me levanté, y entonces sí que casi caigo de espaldas; al abrir la puerta me encontré con Toño, montao en aquel caballillo melao que tiene, acompaña de cuatro o cinco amigos.

—Malaquías, abrite la pulpería pa beber unos tragos con estos compañeros.

Por supuesto, volé a abrile. No era pa menos vele a Toño aquel pistolón y aquella faja llenítica de tiros que se carga! Me hicieron abrir como dos docenas de sardinas, y comieron además salmones y queso y todo el pan que había en la urna y de feria se atollaron como dos botellas de guaro. Y así que terminaron, al montarse en el melao me dijo Toño: apuntá eso, Malaquías, en otra nos vemos.

Todo afligió me puse a sacar cuentas: como cincuenta pesos se habían comido y bebido, y dí gracias a Dios que no hubiera sido más, pos si me hubiera pedido toda la pulpería, no me habría quedao más remedio que dásele toda. Güeno, yo dí por perdida esa plata y pasaron los días, tal vez como tres meses; una noche no había cerrao toavía el establecimiento, cuando miren Uds., que veo presentase a Toño!

—Malaquías, ¿cuánto es la cuentilla de aquella noche?

—No es nada, Toño, fué gusto pa mí.

—Dejate de babosadas, Malaquíás, vos sos probe y no podés perder plata.

—Güeno, pues eran cincuenta pesos.

—¿Y los intereses?

—Pero ¿pa qué intereses, Toño?

—No me repliquéis, calculá los intereses y me decís. Y me pagó la cuenta con todo e intereses.

—Parece mentira, que esas cosas haga Toño, exclamó el cholo Sequeira.

—Es que no lo conocen bien; a Toño se le juzga porque ha robao y matao, que es lo que se le ve; pero lo que muchos inñoran es que tiene un corazón que no cabe en el barrio. Y pa probales que digo verdad, aquí están estas veinte libretas por mercaderías que él le paga, a Casimira la viuda de Ramón Otoya, a Juanico Vargas aquel que se baldó y quedó paralítico, a la viuda de ñor Andrés Espinosa, y a un chorro de gente más... y el pulpero Malaquíás esparció sobre la urna un montón de cuadernos sucios y ajados, con las puntas dobladas.

—Hombré, deso es que la polecía no coge a Toño; todo el mundo lo esconde.

—Hombré, y además de buen corazón, tiene otra cosa Toño—agregó Juan Segura—; nada le encadila más que las personas mezquinas con los probes; y ya que les contó Malaquíás lo que hizo en esta pulpería, voy a contaes yo, el gran chasco que hizo pasar a Lisanías Brenes, el dueño de la pulpería del Alto. Estaba Toño con el ñato Solís y otros amigos tomando en la pulpería de Lisanías, cuando llegó el chiquillo de Josefa, la viuda de Melitón Arguedas, a pedir fiao un diez de manteca. Lisanías, que Uds. saben cómo le gusta traer bajo las patas a los que son menos qu' él, le gritó al "chacalín":

—Mirá, mocoso, dicile a tu mama, que mientras no me pague los seis reales que me debe, que tenga vergüenza pa mandame a pedir fiao.

El chiquillo, todo apenao, iba a salir corriendo,

cuando Toño que estaba recostado junto al mostrador le gritó:

—Aguardate, chacalín: corré a tu casa y dicile a tu mama que mande la olla más grande que tenga, y un saco de gangoche.

Poco después el chiquillo estaba de nuevo en el establecimiento con un lebrillo de barro y un saco de manta porque no tenían saco de gangoche.

—Bueno, Lisanías, llenate esa olla con manteca, y llenate ese saco, la mitad con libras de arroz y la mitad con libras de frijoles.

A Lisanías hasta que le chispiaron los ojos de alegría, al ver la güena venta que iba a hacer.

Así que todo estuvo listo, Toño le acomodó en el hombro al "chacalín" el saco y le puso en la mano el lebrillo con la manteca y le dijo:

—Llévale eso a tu mama, y dicile que cuando necesite algo, lo mande a pedir a la pulpería de Malaquías a mi cuenta.

Y volviéndose a Lisanías, con los ojos saltados como se le ponen a Toño cuando está bravo, le dijo:

Y vos, Lisanías, te tragás esa cuenta porque nadie te la va a pagar. Esto, pa que aprendás a tratar a los chiquillos y ser considerao con los probes; y si reclamás, ya sabés que tenés que jodete conmigo.

Por supuesto, Lisanías casi se orina del miedo, pues bien pendejo que es.

—Hombré, no sabía yo ese chasco que le pasó a Lisanías, exclamó el pulpero Malaquías, tosiendo de la risa y sin ocultar la satisfacción por el ridículo que había sufrido su competidor.

—La verdad es que el día que falte Toño en el barrio, lo va a sufrir mucha gente, repuso Juan Segura.

—Y no es que Toño roba por no trabajar, agregó Chico Arburola; p'al trabajo hay pocos como él, me lo decía un día de éstos don Jesús Arce que diario se lo anda peliando con don Salomón Hernández pa las pa-leas y picas de leña en sus fincas.

—Lástima que sea tan confiao. Un día de tantos se lo va a apiar la polecía, que después de la muerte de Josecillo Prendas lo persigue con más furia... Pero el "carambas" es caliente; con todo y saber cómo lo persiguen está comprometido con don Nicasio Rodríguez para destazarle una vaquilla el sábado próximo, que es víspera del matrimonio de su hija. Es peligroso que allí lo cojan, pues el galerón donde matan está completamente descubierto.

Lico Arriola, que hasta entonces había permanecido callado, con las manos en los bolsillos, estemecido el rostro por un constante tic nervioso que le contraía la comisura de la boca hacia el ojo izquierdo en repugnante mueca, se puso de pie e interrogó con gran interés:

— Cuándo dicís, Juan, que va a matar Toño en el galerón de Nicasio?

Juan Segura lo miró unos segundos con sus maliciosos ojos achinados.

—La verdad es que estoy hablando más de la cuenta, y cuando mucho se habla se dicen cosas inconvenientes.

—¿Lo dicís por mí, Juan, crees que soy un chismoso que va a ir con el cuento al cuartel?

—Yo lo que sé es que en este barrio, tratándose de Toño lo mejor es ponerse un candado en el hocico, y me voy, muchachos, porque mi mujer me debe estar esperando con el "agua dulce"... Güenas noches.

Los campesinos clavaron su mirada en Lico Arriola adivinando la desconfianza de Juan Segura.

Chisporroteó la lámpara de canfín, y al avivarse su llama se hizo más notorio el pálido rostro de Lico Arriola, en que los tics, incesantes eran como relámpagos en un cielo tempestuoso.



Entre taludes peñascosos discurre rumoroso el río

Virilla. La cuchilla de la luna en cuarto mengüante, cortando las sombras enredadas en los breñales que coronan las rocas, baja hasta las aguas del río, que al saltar entre las piedras forma surtidores de oro.

Allí tiene su guarida Toño Reyes, el refugio ignorado por todos, donde esconde su desgracia cuando las persecuciones de la policía lo acosan.

Es una cueva en la peña, en la cual se ve, a la luz de una linterna, el jergón que sirve de cama al fugitivo y el rifle de dos cañones que ya debe cinco muertes.

—Maldita sea, ¿qué será que esta noche estoy afligido?; cada vez que cantan esos malditos cuyeos me da vuelcos el corazón como si me amenazara un peligro.

Y afilando la chaira con que al día siguiente debía destazar la novilla de Nicasio Rodríguez, salió a la puerta de su cueva, y extendió su mirada a lo largo de la cinta del río dorada por la luz de la luna.

¡Carajo!, me voy a dormir a mi casa, pase lo que pase; tal vez a Moncha o a los chiquillos les pasa algo; y tomando el rifle se adentró en el breñal siguiendo la serpentina del trillo.

*
* * *

Ave María Purísima, exclamó Moncha, al sentir que la puerta de su casa se habría! ¿Quién es?

—Soy yo, Monchilla...

—Vos, Toño! ¿Pa qué viniste, no sabés que te andan persiguiendo?

—Sí, pero no podía dormir; me daba vuelcos el corazón, y aunque no soy nervioso, me puse a pensar tonteras, como que un peligro me acechaba, como que vos o alguno de los chiquillos estaba enfermo, y resolví venime pa la casa, arriesgando el todo por el todo... ¿Los chiquillos están güenos?

Y Toño Reyes se acercó a la cama donde sus hijos dormían, abrigados por una gruesa frazada roja.

—¿Están gordillos y coloraos, verdá Moncha? Los besó en la frente y se acostó junto a su esposa.

—Toño, dormite tranquilo; yo tengo el sueño muy liviano, y si oigo bulla de gente que viene, te despierto pa que te safés.

—No pensés que esta noche va a venir la polecía; el corazón me dice que nadie nos molestará; hablemos de otras cosas más importantes. Moncha, tengo pensao dejar esta vida que llevo tan chancha...

—¡Dios te oiga, Toño!

Estoy planiando ime pa Nicaragua; allá nadie me conoce y puedo hacer una vida honrada y de trabajo; si puedo acomodame con facilidad, mandaré por vos y los chiquillos.

—No me des ese alegrón, Toño, qu' eso es lo que le pido a Dios todas las noches.

—Pero como somos de la Muerte, quiero decirte algunas cosas y hacete algunas advertencias. Don Salomón Hernández y don Jesús Arce, me tienen una platilla guardada, como unos dos mil quinientos colones entre los dos. Ellos son hombres muy honraos, y no te la negarán. Si yo muriera con esa platilla te comprás un ranchillo y un pedacillo de tierra pa que lo sembrés y cries gallinas, mientras Toñito te puede cuartear la obligación.

—Jesús, Toño ¿por qué estás pensando hoy en morite?

—Todo hay que prevelo, Moncha. Aunque no me muriera me pueden capturar, y como tengo tantos chicharrones encima, tendría que pudirme en San Lucas, que es como morise en vida.. Lo que tengo que advertirte es que a esa platilla que me tienen don Salomón y don Jesús no le tengás asco. Es ganada honradamente con mi trabajo; son mis jornales de ajustes de chapias y de picas de leña que hice con esos patrones, que nunca quise retirar pensando en vos y los chiquillos. Esa plata es sudor de mi frente, como siempre quise adquirila pa comprate tu pedacillo de tierra; puedo ser todo lo ban-

dido que soy, pero pa vos ni mis hijos quiero nada mal habío.

Lo que yo he robao lo he parrandeano en parte y lo demás lo he distribuío entre los probres. ¡Ah!, pero no mariquiés, Moncha, siempre que te hablo previendo el porvenir empezás a lagrimear. Oyime, qué otra cosa tengo que dicite: no me pesa en la conciencia haberle robao ni hecho daño a un probe; le he quitao a los ricos pa dale a los necesitaos, y de esos ricos a los que han sido jodidos, pues a los consideraos y güenos con sus piones, como don Salomón Hernández y don Jesús Arce, más bien les he cuidao lo qu tienen.

Moncha, sosteniendo en su pecho los sollozos acurucó en su hombro la cabeza de su marido y le acarició la hirsuta cabeza rizada, hasta sentirlo dormido.

Y sobre la casa, las sombras corrieron una cortina de silencio.



Mañanita de diciembre, fresca y alegre como muchacha "quinceañera". La glauca brillantez de los potreros era risa de alegría en el paisaje. Los árboles con sus tupidos follajes dorados por el sol mañanero, se contorsionaban como mocetones fornidos y juguetones, al agitar los "nortes".

Toño Reyes, ayudado de Felipe, el hijo menor de don Nicasio Rodríguez, tenía en el galerón maniatada una ternera alazana, lista ya para el sacrificio.

—¿Sabés Jelipillo, que no me hace nada de gracia degollar animales? Fijate cómo pela los ojos y tiembla la probecita. Dicin que el ganao adivina cuando lo van a matar.

—Hombré, Toño, la verdad es que dá lástima. Yo no quería venir a esto, pero Ud. sabe cómo es tata, no se le puede contradecir.

—Si no es porque a don Nicasio le debo el favor

de que me escondió de la polecía la vez que estuve enfermo con niumonia, no mataba yo a este animal; este oficio nunca me ha gustao.

Mientras Toño Reyes examina el filo del agudo puñal, observa de soslayo la fija mirada que le clava Felipe, llena de incredulidad.

—Adivino lo que estás pensando, Jelipillo. Te estás pensando: este “carajo” no está sintiendo lo que dice, pues no ha tenido compasión pa pasiasse en cinco hombres...

—Hombré, Toño, yo no...

—No me vengás con que estoy equivocao, pues te lo he adiviniaio en los ojos. Pero acordate de esto que te voy a decir: cuando uno tiene que andar como yo, a salto de mata, por caminos donde hay culebras, tiene que matarlas o se lo tiran a uno. Cinco que he matao son cinco culebras que no le harán más daño a naide; y me falta una: el pendejo de Lico Arriola, que hace días está por ganase la platilla que ofrecen por mi captura; si lo ves por ahí dicile que no se me ponga a tiro porque lo mando a los infiernos.

Toño se agachó para hundir el cuchillo en el pescuezo de la ternera. Ruido de carreras se oyó encaminarse al galerón.

—¡Toño, la polecía!, gritó Felipe.

Rápido como un relámpago, el bandido tomó su rifle que pendía de un horcón y emprendió carrera por el potrero; al encontrarse con la cerca de cinco tendidos de alambre, se encogió como un felino y saltó.

Un disparo de “mauser” quebró la cristalina transparencia de la mañana.

Felipe, desde el galerón, inmóvil por el espanto, vió el cuerpo de Toño Reyes caer de espalda sobre el zacate y saltar como un gallo descabezado.

Y mientras la policía corría hacia el bandido, sintió que alguien se detuvo junto a él: era Lico Arriola, que entre tic y tic nerviosos que contraían su sonriente rostro, asomaba sobre el labio inferior los dos únicos

colmillos de su boca desdentada. Felipillo sintió la impresión de estar cerca de una víbora en acecho y salió corriendo despavorido.

*
* * *

Cuando el Juez del Crimen se constituyó en casa de Toño Reyes, a las doce del día para iniciar la instrucción de su muerte, encontró el cadáver del famoso bandolero, tendido sobre la cama.

Las manos amorosas de su esposa lo habían vestido con su camisa blanca de engomada pechera, y con su pantalón y chaqueta de dominguear, de fino paño oscuro. La palidez de la muerte hacía resaltar su frente amplia coronada de ondulados cabellos castaños, y el perfil de su nariz aguileña; su faz daba la impresión de una serena resignación. Las manos en cruz sobre el pecho estrujaban un crucifijo, símbolo de paz y redención.

Unas cien personas inundaban el corredor y el patio de la casa. Muchas viejecitas sollozaban, y los hombres hablaban quedo, clavadas sus tristes miradas en el suelo.

El Juez, que no se explicaba aquel enorme dolor de tanta gente por la muerte de un bandolero, se acercó al gamonal don Salomón Hernández, que mudo e inmóvil permanecía con las manos en los bolsillos recostado en un horcón de la casa.

—Dígame, don Salomón, ¿por qué si Toño Reyes era tan malo, como decían, lo llora tanto este pueblo?

Don Salomón se incorporó respetuoso, y con voz entrecortada, tratando de ahogar su pena en la garganta, le contestó:

—Señor Juez: quienes no conocían a Toño de cerca, estaban equivocados. Cometió sus tonteras, pero no era malo en su corazón. Para mí y para toda esta gente, era el mejor hombre del mundo.

Heredia, 14 de julio de 1942.



E2
V.
0
2